

«enflaquece de día y de noche : la vista y el recuerdo de la «prosperidad y de la felicidad ajena le persiguen, le martirizan, y corroen su corazón... El envidioso, pues, es un verdugo de sí mismo.» *Suppliciumque suum est*, dice Ovidio concluyendo la pintura de los estragos que hace en el hombre.

San Cipriano trazó un magnífico cuadro de los perniciosos efectos de la envidia aun para el envidioso mismo. «No «hay, escribe (1), mayor enemigo de la salud que ella ; tu «envidiado podrá eludir los efectos de tu envidia, pero tú «no puedes huirla : donde quiera que vayas va contigo «tu enemigo ; tu enemigo está siempre dentro de tu pecho, etc.»

El Catolicismo intentó destruir de un golpe esa tristeza del bien ajeno, y esa secreta alegría del mal del prójimo, que son los dos lados de la envidia, gritando á grandes voces : compasión—caridad—tanto amor á los otros como á sí mismos—y la mitad de sus preceptos, y la enseñanza de la mitad de sus doctrinas no tienen otro objeto que combatir al monstruo de la envidia con el arma de la caridad.

Fácilmente se colige lo que sucederá entre los protestantes, si se considera que entre ellos apenas se esgrime esta arma. Desde luego se trataron unos á otros ni mas ni menos que si fuesen fieras (2). Pero bien que la envidia es el origen primordial y remoto de la Reforma misma, es el origen de lo que generalmente se reputa su origen ; puesto que segun lo que acerca de estas pasiones hemos discurrido, y segun tambien lo que realmente pasó al orgullo y á la ambicion de Lutero, precedió una funesta y secreta envidia.

Respecto del Filosofismo diremos lo que todo el mundo sabe, esto es, que ha aumentado las pasiones ambiciosas y envidiosas en intension y en extension. En intension por haber encerrado los deseos del hombre en los estrechos límites de la materia y de lo perecedero, y sabido es que mientras mas comprimido está el cráter de un volcan, su explosion es mas violenta ; y que además el hombre puede muy fácilmente no envidiar cuando se le coloque en un campo inmenso en que descubre cosas mas apetecibles. Y en

(1) *Lib. de zelo et livore*, num. 9.

(2) El protestante Muskulus.

extension, porque ha presentado al hombre un nuevo objeto de envidia : la Reforma le hizo envidiar el oro y los placeres ; pero el Filosofismo intenta hacerle envidiar... ¡la condicion del bruto !!!

§ VII.—Pereza.

«La ociosidad enseñó mucha malicia (1).» En el negocio interesantísimo de la salvacion eterna no hay cosa mas perjudicial que la pereza, la frialdad y la tibieza. Capaz seria el hombre, aun cuando su vida fuese de mil años, pasarlos todos en este estado, encontrándose á lo último con que no habia hecho nada. Por eso le clama el Espíritu Santo en el Apocalipsis, designándole en el obispo de Laodicea : «Sé tus «obras, que ni eres frio ni caliente : ojalá fueras frio ó caliente (2).» Porque, como dice Casiano (3), de los hombres frios y carnales hemos visto frecuentemente llegar al fervor del espíritu, mas de los tibios no lo hemos visto.

La posicion del perezoso y del tibio en orden á la salvacion eterna es muy falaz y engañosa, mayormente si á esta pereza se agrega una medianía de conciencia. El perezoso se examina, y como no se encuentra demasiado pecador y delincuente para que entrando dentro de sí mismo conciba temor, jamás sale de su apatía, y nunca marcha á la perfeccion. «El que vacila entre la virtud y el vicio, dice san «Agustin, en aquel lugar que quisiera evitar el pecado, pero que no se atreve á romper y combatir con valor, este se «halla tibio y en un estado peligrosísimo para su alma.»

La pereza en la práctica de las virtudes y en las cosas divinas, por lo que estorba la dignidad y la perfeccion degrada ; por lo que previene é impide las dichas y las satisfacciones de las buenas obras infelicitas. Lo mismo sucede con la pereza en las cosas humanas, ó sea la pereza natural, que inclina á la repugnancia al trabajo y á la ociosidad. Por lo que tiene de antimoral y engendradora de vicios degrada ; y por lo que tiene de antieconómica y productora de la miseria infelicitas. «La pobreza es compañera de la pereza ; el

(1) «*Maltam malitiam docuit otiositas.*» (*Eccli xxxix*).

(2) *Cap. III, 15.*

(3) *Coll. IV, cap. 39 in textum Apoc.*

«bienestar es el fruto de la actividad (1).» «En toda labor «habrá abundancia ; mas donde hay muchas palabras , allí «frecuentemente hay pobreza (2).» Al olvido de estas máximas debió la altiva España de los próximos siglos su empobrecimiento y decadencia. Las pretensiones de nobleza, tan universalmente extendidas, se declararon á sí mismas incompatibles con el trabajo manual, y se abandonó la industria fabril y agrícola.

Una y otra pereza han sido siempre anatematizadas por el Catolicismo, pero especialmente la espiritual ; puesto que su principal mision es desembarazar de obstáculos al hombre el camino para la riqueza eterna. El Catolicismo maldijo allá, por boca de Jeremías, no ya á aquel á quien la pereza impide hacer la obra de Dios, sino que avanza mas ; maldice á aquel que la hace con pereza : *negligenter* (3).

Pero hay mas : el Catolicismo ha combatido una y otra pereza en una misma persona y á la vez , desterrando la ociosidad del pensamiento con la meditacion , y de las manos con el trabajo ; de lo que ha procedido ese axioma vulgar, que por cierto debe andar muy léjos de los talleres y establecimientos manufactureros de los protestantes : *Á Dios rogando y con el mazo dando* (*). ¡Qué cuadro mas interesante el de un monje de la Tebaida , sentado á la puerta de su humilde monasterio, moviendo apenas sus labios que oran, elevado su pensamiento que medita, sus manos entretejiendo canastillos con hojas de palmera, y fijos en su obra los ojos, que alza de cuando en cuando, y con mas frecuencia al ponerse el sol, en busca del fatigado viajero y peregrino, que espera con ansia para invertir en su cama, cena y desayuno el precio del trabajo del dia anterior!

Y la Reforma ; ha procurado tambien desterrar la pereza ? ¡Oh! en cuanto á la pereza natural, preciso es confesar que ha puesto en juego dos excelentes medios entre otros para

(1) Prov. x, 4.

(2) Ibid. xv, 23.

(3) Version de los Setenta.

(*) Es singular el que la ciencia económica haya venido á justificar tambien en esta parte al Catolicismo. Todos los economistas ven detrás de los maravillosos resultados de *la division del trabajo* el inconveniente de que el operario se embrutece, y se embotan sus facultades intelectuales, que ejercita poco ó nada haciendo siempre una misma obra, llegando á funcionar como una máquina. Pues bien ; este inconveniente le remueve el Catolicismo por medio de la via contemplativa.

desterrarla : uno colocar al operario en la alternativa de trabajar quince horas al menos al dia, ó de perecer de hambre ; porque (y este es el otro medio) ha sabido castigar la vagancia con los tormentos y con la esclavitud. Pero si hablamos de la pereza espiritual, cuya abolicion es mas necesaria al hombre, y á la cual debió ocurrir el Protestantismo con preferencia á la otra, puesto que la Reforma es en todo caso, y como quiera que ella sea, una religion y no un código ; si hablamos de la pereza espiritual, repetimos, no era medio á propósito para extirparla el venir predicando á sus prosélitos *el siervo arbitrio* y *el fatum teológico*. Se entristece el corazon al ver entre ellos las prácticas religiosas olvidadas, las costumbres cristianas abolidas, y desiertas las iglesias, aunque á la verdad no ganarian mucho mas con frecuentarlas. En fin, tanto ha vociferado la Reforma contra lo que apellida *fanatismo y supersticion católica*, que ha dado en el extremo opuesto de desterrar absolutamente de los corazones el sentimiento religioso.

¿Y las sectas filosóficas? Estas no reparan en poco, y siempre arrancan de raíz. Con decir que *la tierra no es de ninguno* y que *los frutos son de todos*, estimulan perfectamente al trabajo para desterrar la pereza natural. Pero todavía es mas eficaz y mas sencillo á la vez el medio de que pretenden valerse para desterrar la pereza en la salvacion, en las buenas obras y en las cosas divinas con decir «que no hay «méritos ni deméritos, ni premios ni penas, ni otra vida, ni «Dios (1).»

Recorridos los pecados capitales, considerados como conviene á nuestro propósito, en relacion á la degradacion y desdicha que abortan, y colocada al lado de la benéfica accion é influencia del Catolicismo la funesta de la Reforma y de las sectas filosóficas ; examinaremos ahora bajo el mismo método dos de sus opuestas virtudes : la *liberalidad* y la *paciencia* ; puesto que de la *humildad*, de la *castidad* y de la *caridad* hemos ya hablado en otro lugar ; y las de la *templanza* y *diligencia*, además de no reclamar mucho nuestra atencion por ser las menos principales, quedan suficientemente discutidas y parangonadas en sus contrarios vicios, la gula y la pereza.

(1) Deísmo, Materialismo, Ateísmo, etc.

§ VIII.— *Liberalidad.*

Dedúcese de la etimología misma de la palabra que se trata de una dádiva libre y espontánea.

Es evidente que la liberalidad dignifica y hace feliz al hombre. Le dignifica, porque la largueza y la generosidad demuestran en el corazón del generoso poco apego á lo material y á lo terreno; y el hombre que no se deja dominar por lo terreno y lo perecedero es más digno que todo ello, y abraza una idea justa y verdadera de su dignidad y elevación sobre todo cuanto le rodea. «¿Qué cosa más digna y elevada, dice san Ambrosio, que el varón á quien no puede mover el oro, que desprecia las riquezas, y, como colocado en gran altura, desprecia las ambiciones de los hombres (1)?» No así el avaro, que sometiéndose vilmente al cetro despótico y esclavizador del oro, abdica su dignidad, y no tiene conocimiento de la elevación de su carácter, ó aparenta desconocerla. Le hace feliz porque por este desasimiento está libre de aquellos sobresaltos, inquietudes, cavilaciones y terribles insomnios que atormentan á los avaros. «Desprecian los bienes de la tierra.» Ved aquí el gran crimen que Luciano, el Voltaire de Samosata, echaba en cara á los cristianos (2)! ¡Cuánto más felices y dignos serían los sofistas si pudieran cometerle!

Á nadie se le oculta la liberalidad de la Iglesia católica en las necesidades públicas y en los apuros de los Estados, siempre que los príncipes han recurrido á ella, y aun adelantándose á sus peticiones, para lo cual se ha desprendido hasta de los vasos sagrados. Su caridad práctica para con los pobres, los desvalidos, los esclavos, etc., no ha conocido límites, como hemos visto y hemos aun de ver (*). Por lo demás, los que la acusan de ambiciosa probablemente igno-

(1) «Quid enim præcelsius illo viro qui auro moveri nesciat, contemptum habeat pecuniarum, et venit ex arce quadam despiciat hominum cupiditates? Quod qui fecerit, hunc homines supra homines esse arbitrantur.» (*De officiis ministrorum*, lib. III, cap. 14).

(2) *Historia de la muerte de Peregrino.*

(*) «Aurum habet Ecclesia, non ut servet, sed ut eroget et subveniat in necessitatibus.» «La Iglesia no tiene sus tesoros para guardarlos sino para remediar las necesidades,» decía san Ambrosio, *De officiis ministrorum*, cap. 28. Véase á Tomasino, *De veteri et nova Ecclesie disciplina*,

rarán que alguna vez ha restringido legalmente la generosidad de los fieles hacia ella.

Pasando de la liberalidad colectiva á la distributiva, tanta era la que se ejercía en los *tiempos de la ignorancia* (aunque á la verdad más felices para todo el mundo, por lo que, francamente hablando, concebimos justos recelos contra un progreso económico-social que arrastra fatalmente tras sí otro progreso de universal desdicha), especialmente por nuestros monasterios y conventos, que puede en realidad decirse que no había pobres; hambrientos ninguno. En los tiempos que alcanzamos hemos visto el desprendimiento generoso del clero católico español para con su respetado Gobierno. ¡Cosa singular! cuando se ha tratado de lastimar la unidad de la religión católica, ó algunos de sus derechos, todo el clero (y muchos legos también) se han levantado como un solo hombre á protestar; pero cuando por la penuria del Tesoro se le ha descontado parte de su dotación, aun de las más mezquinas, ni una sola queja, que nosotros sepamos, ha oído el Gobierno, siendo la clase que más pronto le ha ofrecido recursos y hecho donativos para empresas de interés nacional y patriótico. Y si no fuera por herir la modestia de nuestros compañeros de ministerio, y esterilizar su obra meritoria con la publicidad, diríamos que en la última crisis alimenticia oímos á no pocos infelices transeuntes, escualidos y transidos de hambre, decir no haber tomado otro alimento en dos ó tres días consecutivos que lo que en el primero le dieron en casa del párroco de tal pueblo, en

p. 3, lib. I, cap. 28 y sig., y á Constant. Roncag. *in not. ad cap. 7 Hist. ecclesiast.*

Yerran lastimosamente los regalistas al deducir de estos subsidios voluntarios y gratuitos de la Iglesia en las necesidades públicas y apuros de los Estados, estar sujetos sus bienes al *dominio eminente* del poder civil. Esto ha sido abusar indignamente de la gran caridad de la Iglesia católica interpretándola reconocimiento por parte de ella de ese dominio eminente; esto ha sido convertir una donación libre y voluntaria en un acto de justicia legal. Sépase que siempre que se ha alargado una mano ávida á los bienes de la Iglesia, declarados *inalienables* por los códigos cristianos entre ellos el visigodo, y sus donaciones *imprescriptibles, irrevocables y eternas*, sin anuencia, sin permiso y sin aprobación de su Jefe supremo, se ha ejercido una usurpación sacrilega y tiránica. Ahí está el Papa, pídansele. ¿No está hoy soltándolos afligido, más bien que concediéndolos por evitar mayores males, tras pasado de dolor al ver á su querida Iglesia convertida en mercenaria triste de los Estados? ¿Qué más se quiere?

el segundo en casa de el de tal lugar, etc. Si: «muchos pobres han espirado de hambre á la puerta del rico; pero ninguno á las del sacerdote, mientras le quedara fuerza para «tirar del cordon de la campanilla (1).»

En los países protestantes ha desaparecido la caridad pública para la indigencia, convirtiéndose en un acto forzoso: tal es esa caridad *legal*, adjetivo que destruye el sustantivo, esa contribucion de pobres. Y ¿dónde está allí la liberalidad privada? Ya la hemos visto en otros lugares por la conexión íntima de las doctrinas. Entre las clases acomodadas, el señor de la casa, que sale de los jardines y de los salones bajos de llevar un manjar delicado á sus perros de caza ya hartos, despide bruscamente y vuelve airado la espalda al mendigo que halla á la puerta, en la cual muere de hambre: desapiadacion que ¡oh vergüenza para naciones que se llaman civilizadas y cristianas! el Egipto pagano habria castigado severamente. El clero está casado, y, ya se ve, seria un crimen dar una limosna quitándoselo á los hijos, impeliéndole mas bien el afecto paternal á exigir sin compasion á sus infelices feligreses su crecido pié de altar, que es una verdadera multa; y hubo un tiempo en que la pobreza, desconsolada y rechazada en todas partes, volvió sus ojos al Gobierno, y vió las cadenas que estaba forjando para ella.

Oigamos al Dr. King, precisamente ministro anglicano: «Nada, dice (2), ha perjudicado mas á la Iglesia de Inglaterra que la avaricia y la ambicion de nuestros obispos. «Chandler, Willis, Potter, Gibson, Skerlock han muerto escandalosamente ricos: algunos han dejado mas de cien mil «guineas... Ellos podian ser grandes teólogos; pero el título «de buenos cristianos no les pertenecia de modo alguno. El «oro que acumularon para enriquecer á sus familias se le «debía á Dios, á la Iglesia y á los pobres... No fue poca desgracia para la causa del Cristianismo en Inglaterra el permiso concedido á nuestro clero de contraer matrimonio «cuando la Reforma nos separó del Papismo, porque ha sucedido precisamente lo que debía necesariamente suceder, «y lo que se debería haber previsto. Desde aquella época «nuestros eclesiásticos no han pensado mas que en sus mu-

(1) Mr. Cormenin en su excelente retrato del cura de aldea.
(2) Citado por De Maistre, *Del Papa*, lib. III.

«jeres y en sus hijos.» No se nos acusará con justicia de aducir testimonios sospechosos. En estas mujeres nos parece ver aquellas esposas de los sacerdotes del Gentilismo, de quienes dice Jeremías en su carta á los cautivos de Babilonia, «que cercenaban las ofrendas para sí, sin dar cosa alguna ni al enfermo ni al mendigo (1).»

Á la verdad tampoco sabemos qué cosa podrá mover al materialista, v. g., y al ateo á ser liberales. La Religion estimula poderosamente al cristiano á ser liberal con los demás, por medio del estrecho parentesco con que á ellos le une, y el gran premio que le hace esperar; y por eso le dice *que no se canse de hacer bien* (2); pero el corazón del incrédulo, que por lo mismo que nada cree nada espera, se apega tenazmente á los bienes terrenos, y como en ellos constituye su dichá, reputa contraria y estorbadora de esta dicha toda accion liberal, y la aborrece; haciéndole este falso concepto sordo á la piedad, á la conmiseracion y á todo sentimiento humanitario. Aquel amor y esperanza inspiró la sublime ley de remision de deudas en el año del jubileo: por el contrario esta desapiadacion y egoismo inspiró á la nacion sábia por excelencia entre las gentílicas la ley terrible de reducir los deudores á esclavitud, ó hacerles cuartos, y repartirlos entre los acreedores (3). Júzguese pues. Y aun concediendo por un momento que el incrédulo pudiera ser liberal, jamás podrá saborear aquella dulce esperanza que saborea el creyente, y que hace su dicha.

Sin embargo, entre los sofistas tenemos algunos sectarios eminentemente liberales. Estos son los socialistas y los comunistas, cuya posicion ¡y ved el mérito y la generosidad de su proceder! tal es por lo regular, que tienen un interés privado en la igual reparticion ó en el usufructo comun; además de que estos señores empiezan por predicar el comunismo, y despues, como les echa en cara el mismo Proudhon, *confiscan la comunidad en provecho de su vientre* (4).

Ocúrrenos expresar aquí una juiciosa reflexion de Bergier contra los sofistas, á quienes no es posible contentar.

(1) Baruch, vi, 27.

(2) Galat. vi, 9.

(3) Ley de las Doce tablas, tabla III, ley última. ¡Y á esto se ha apelado razon escrita!

(4) Citado por Soudre, *Historia del Comunismo*.